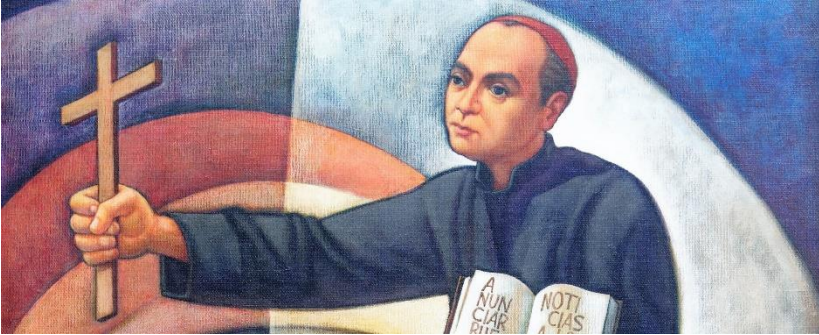


# 2

## HIJOS COMO CLARET

Lunes, 13 de julio de 2020

*Meditación de la tarde*



### Oración inicial

*Bendito seas, Señor,  
por tu providencia  
y el cuidado que siempre  
y en todas partes  
has tenido de mí.*

(Aut 7; Directorio Espiritual CMF, n. 2)

### 1. Petición al Señor

*Señor, concédeme, como a Claret, reconocer tu amor de Padre providente a lo largo de mi vida. Que como él, sepa vivir mi identidad de hijo-misionero.*

## 2. Puntos para la meditación

Esta mañana meditábamos sobre nuestra identidad como personas humanas y como hijos (hijas) de Dios. ¿Cómo vivió Claret esta realidad? y ¿qué repercusiones podrían implicar para nuestras vidas? La respuesta a estos interrogantes es el objeto de la siguiente meditación.

### 2.1. *Claret se pregunta sobre su identidad*

El joven Antonio Claret, como cualquier otra persona, estaba buscando un contenido para su vida. **Nacido y crecido en un momento de gran entusiasmo por el mundo de la fabricación textil, creyó encontrar en ello el objeto preciado de su vida.** Del pequeño taller de la casa natal donde le había metido a trabajar su padre, pidió trasladarse a Barcelona, que estaba en plena efervescencia industrial. Dando este salto, con el apoyo y el entusiasmo de su padre, creyó encontrar lo que iba a ser la razón de su vida. Metido en aquel mundo, trabajando y estudiando, descubrió su gran talento para entender las tramas de los tejidos que llegaban del extranjero e incluso acomodar los telares para que dieran mejores resultados (cf. Aut 62). El arzobispo Claret, siendo ya confesor de la Reina y en plena madurez personal, con el rostro encendido de entusiasmo al recordar su primer amor juvenil, escribió en su *Autobiografía*: **“De cuantas cosas he estudiado y en cuantas me he aplicado durante la vida, de ninguna he entendido tanto como de la fabricación”** (Aut 58).

**El joven Antonio se vio a sí mismo con un futuro ideal:** un gran industrial, adinerado y reconocido por aquella sociedad. Así lo manifestaba al escribir: “Se extendió por Barcelona la fama de la habilidad que el Señor me había dado en la fabricación. De aquí que algunos Señores llamaron a mi Padre y le dijeron que sería del caso que formásemos compañía y pusiésemos una fábrica a nuestra cuenta. Esta idea halagó muchísimo a mi Padre...” (Aut 63). Por otra parte, el mismo Claret trataba de compensar sus posibles complejos debido a que era más bien bajo de estatura con una acentuada elegancia en el vestir, como él mismo reconoce (cf. Aut 72). Hasta aquí todo parecía ir a velas desplegadas.

Sin embargo, en la cumbre de una identidad que parecía instalarse en el éxito, la riqueza y la fama, Claret mismo reconoció que algo en su interior no iba bien: “Al paso que a mí la fabricación me gustaba tanto y había en ella hecho los progresos que he dicho, no me supe resolver; sentía interiormente una repugnancia en fijarme y hacer que mi Padre comprometiera intereses. Le dije que me parecía que aún no era tiempo... También me excusé diciendo que después ya veríamos, que por ahora no me sentía inclinado. Y, a la verdad, fue esto providencial. Cabalmente, yo nunca me había opuesto a los designios de mi Padre. Esta fue la primera vez que yo no hice su voluntad, y fue porque **la voluntad de Dios quería de mí otra cosa**, me quería eclesiástico y no fabricante, aunque yo en este tiempo no lo conocía, ni pensaba en ello” (Aut 64).

Esta deslumbradora identidad que se iba construyendo entró en profunda crisis frente a **tres pruebas impensadas**.

La primera, habiendo ido a bañarse los pies cerca de la Barceloneta y una ola le había arrastrado mar adentro, **se dio cuenta de la fragilidad de su vida**. A pesar de su juventud y entusiasmo tomó consciencia de la posibilidad real de morir inesperadamente (cf. Aut 71).

La segunda tuvo que ver con su mundo afectivo-sexual. Ante la provocación por parte de la mujer de un amigo, el joven Claret **sintió que sus principios morales entraban en conflicto** y solo atinó a correr, incluso olvidando el sombrero en aquella casa (cf. Aut 72). Recordemos que salir sin sombrero era inconcebible porque era una falta de dignidad y de respeto, según las costumbres de la época.

En tercer lugar, **Claret experimentó la traición de la amistad**. En una ciudad grande como Barcelona respecto al ambiente rural sallentino del que procedía, encontrar un amigo era un ancla de seguridad; sin embargo, en su caso, el amigo le robó dinero, vestido y libros, además de robar las joyas de una señora. Claret juzgó que lo más grave, sin embargo, era que **le perjudicaba el honor** (cf. Aut 73-75).

## ***2.2. Claret redescubre a Dios como su Padre***

Los tres golpes referidos no dejaron a Claret en la frustración y el resentimiento; al contrario, se convirtieron

en toques de alarma que hicieron subir a la superficie de su conciencia una identidad que había quedado como sofocada al final de su infancia. Por eso, al comenzar el relato de aquellos eventos mencionados, afirmó: “Se despertaron en mí los fervores de piedad y devoción, **abrí los ojos, y conocí los peligros por donde había pasado de cuerpo y alma**” (Aut 70).

Una vez reventada la burbuja de ensueños en la que se encontraba, Claret se dio cuenta de que por más que sus proyectos le estaban alejando de los planes del Padre, **Dios con paciencia amorosa continuaba siendo fiel a la llamada** que él mismo había percibido desde su niñez (cf. Aut 30). Efectivamente, al acabar el relato de los hechos que habían motivado aquella crisis existencial de juventud, afirmó: “¡Oh Dios mío! ¡Cuán bueno y admirable habéis sido para mí!... ¡De qué medios tan extraños os valisteis para arrancarme del mundo! ¡De qué acíbar tan particular usasteis para destetarme de la Babilonia!” (Aut 76).

Como Saulo en el camino de Damasco, Claret cayó de sus ilusiones de éxito y **buscó un Ananías que lo orientara**. El oratoriano P. Amigó, después de escucharlo, le aconsejó que estudiara latín. Claret afirma: “y le obedecí” (Aut 69). Esta escueta frase nos da a entender que el joven Antonio descubrió en este consejo la voluntad de Dios Padre, que empalmaba con la vocación sacerdotal que había intuido en su infancia y lo había llevado a comenzar los estudios de Latín en su pueblo natal (cf. Aut 30).

**Redescubrir la voluntad del Padre** le llevó a no poder complacer por primera vez la voluntad de su padre. Este hecho nos puede recordar algo parecido a la primera frase de Jesús en el Evangelio hallándose en el Templo de Jerusalén: “...No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre” (Lc 2, 49).

A partir de este momento, Claret **comenzó un nuevo camino de constante búsqueda de la voluntad del Padre** que lo guiaba con sabiduría y amor, a pesar de los atajos que él había intentado emprender. Creyó que Dios le llamaba a la vida de cartujo y después se dio cuenta de que no. Una vez sacerdote diocesano viajó a Roma con la intención de ser misionero universal ya sea pretendiendo ir al Líbano; a continuación, esperando ofrecerse a la *Congregación de Propaganda Fide*; y, finalmente, ingresando en el noviciado de la Compañía de Jesús (cf. Aut 138-139). Fracasó en los tres intentos. A los cuatro meses de noviciado, a causa de un mal en una rodilla, el Preósito General, P. Juan Roothaan, le dijo “con toda resolución y sin titubear: *Es la voluntad de Dios que Usted vaya pronto a España; no tenga miedo, ánimo*” (Aut 166).

### ***2.3. Claret se mantiene fiel, hasta el final, a su identidad de hijo y misionero del Padre***

Acogida la voluntad del Padre, Claret regresó a Cataluña para vivir su vocación misionera. En un primer momento, su superior eclesiástico, D. Luciano Casadevall, lo destinó a ayudar al anciano párroco de Viladrau. Claret

no se quedó instalado ni en la comodidad de la atención a la pequeña parroquia ni en el éxito de su fama curando a enfermos. A los tres meses, **comenzó sus primeras escaramuzas misioneras** bajo capa de novenarios por los pueblos de alrededor. Esto le convenció de que era la hora de ofrecerse a su superior eclesiástico para que, pese a las circunstancias político-sociales adversas, pudiera predicar misiones populares por toda la diócesis, si él estaba de acuerdo. Con esta finalidad fue trasladado a Vic, desde donde predicó al menos 80 misiones, durante ocho años, en casi todas las diócesis catalanas.

En estos años, **Claret consolidó su identidad como hijo y misionero del Padre, a imitación de Jesucristo el Hijo y el Enviado del Padre**. Por eso siempre iba de un pueblo a otro pobre y a pie. Cuando le criticaban de buscar una vez más la fama, el dinero y el poder a través del progresivo éxito en su ministerio misionero, él sabía que su corazón de hijo solo buscaba una cosa; por eso les decía: “No, os lo repito. No es ningún fin terreno, es un fin más noble. El fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos” (Aut 202). Para él se trataba de responder al amor de su Padre (cf. Aut 203).

Otro momento clave de la vida de Claret fue al final de su etapa de misionero itinerante por Cataluña y Canarias. Cuando se encontraba en plena gestación de la Librería Religiosa y a los pocos días de haber fundado la Congregación de Misioneros, con espanto recibió el nombramiento como arzobispo de Santiago de Cuba. “Este

precepto me estremeció” (Aut 496). El misionero no se veía como un obispo, tal como se entendía en aquella época; creía que aquel cargo eclesiástico contradecía la voluntad del Padre que lo había llamado para ser misionero. Después de dos meses, escribió al Nuncio diciéndole: “después de mucha oración ha resuelto mi director espiritual que era la voluntad de Dios que aceptase el nombramiento para el Arzobispado de Cuba a lo que humildemente me rindo...” (EC, I, 321). La solución fue: **sí ser arzobispo, pero misionero**. La voluntad del Padre seguía guiando el hilo fundamental de su vida y se daba cuenta de que en el fondo no había contradicción.

Seis años más tarde, **el atentado de Holguín el 1 de febrero de 1856**, volvió a ponerle en una encrucijada. Creyó que tenía que renunciar a su sede arzobispal y por ello, el 23 del mismo mes, escribió al Papa: “Yo, pues, para conocer la voluntad de Dios acudo a S. S. a fin de que se digne indicarme qué debo hacer, si renunciar y retirarme, o bien continuar hasta consumir el sacrificio” (EC, I, 1176). Pío IX le dijo que él prefería que se quedara aunque le dejaba un margen de discrecionalidad. El 1 de septiembre, Claret reemprendía la cuarta visita pastoral interrumpida por el mencionado atentado, **dispuesto, si hubiera sido preciso, a consumir el sacrificio**.

Lo que menos se esperaba es lo que sucedió a continuación. Fue llamado para ir lo más pronto posible a Madrid. El 26 de mayo de 1857, llegó a la Capital sin saber para qué. Ese mismo día, la Reina le comunicó en el Palacio Real que lo nombraba su confesor. Él, que sentía que su



espíritu era para todo el mundo, creía verse reducido a ser pastor de una sola oveja. Al día siguiente, escribió a su amigo D. Juan N. Lobo: “Ya estoy en Madrid, ¡ay Dios mío! ¿qué haré, amigo D. Juan?... ¡yo! ¡yo!... ¿Confesor de la Reina?... En todo el episcopado no hay otro menos a propósito ni que tenga menos afición a palacios que yo... dejadme para misionar y confesar a los montunos y bosales, ya hay otros para confesar Reinas” (EC, I, 1334-1335). Sin embargo, **los doce años que se mantuvo en este servicio son la prueba de que el Padre continuaba guiando su vida misionera.** Efectivamente, gracias a ese cargo, no solo fue misionero popular en Madrid, sino por toda España e incluso en París; más aún, su actividad fue decisiva en favor de los nombramientos episcopales, de los numerosos nuevos institutos de vida religiosa que estaban surgiendo, de la renovación del casi en ruinas Monasterio de El Escorial, de las múltiples publicaciones, etc.

Como hemos podido apreciar, Claret fue descubriendo la mano providente de Dios Padre que guiaba su vida por más que casi siempre no era lo que él se imaginaba. Tanto en Cataluña como en Cuba y en Madrid, fue blanco de calumnias, malentendidos y persecuciones. Nada de esto le impidió ir percibiendo al final de cada experiencia **el cuidado amoroso y fiel del Padre, que lo iba guiando de forma misteriosa e impensada por las rutas de su Voluntad.** Como él mismo reconoció ya a ocho años de su muerte, al escribir en su *Autobiografía*: “La divina providencia siempre ha velado sobre mí de un modo particular” (Aut 7).

Un año antes de morir, Claret reconoció que el Padre lo había conducido por su vocación misionera a pesar de todas sus dificultades de discernimiento y de realización concreta en medio de éxitos y fracasos. El 2 de octubre de 1869, escribió a su amigo D. Paladio Currius un texto que recoge como en síntesis la identidad de toda su vida según la voluntad del Padre: “Me parece que **ya he cumplido mi misión**. En París, en Roma he predicado la ley de Dios: en París como la capital del mundo y en Roma capital del Catolicismo; lo he hecho de palabra y por escrito. He observado la santa pobreza...” (EC, II, 1423).

El 5 de agosto de 1870, ya en Francia, al tener que huir de la persecución de las autoridades civiles e incluso a escondidas de la misma comunidad de Prades para refugiarse en la abadía de Fontfroide, el ecónomo le preguntó sobre qué equipaje quería llevar. La respuesta del arzobispo fue: “No ponga usted sino dos pares de medias, una camisa y algunos pañuelos, lo cual me bastaba en Cataluña cuando iba a misiones” (CLOTET, Jaime, *Vida edificante del Padre Claret...*, Madrid 2000, 732). **La imagen del hatillo volvió al final de su vida como un símbolo que expresaba su identidad de hijo-misionero.**

#### ***2.4. Llamados a vivir como hijos-misioneros hoy***

Vivimos en **una sociedad que no suele plantearse a fondo la pregunta sobre el significado de la vida**. En un cierto sentido, así como Claret en su juventud vivía totalmente absorto en sus delirios de

grandeza, nuestra sociedad se encontraba embelesada en sus seguridades científicas, en sus avances tecnológicos y en su realidad globalizada. De golpe, un virus invisible ha reventado el globo de nuestros ensueños de una punta al otro del planeta. **Hemos palpado la fragilidad de nuestras personas y de nuestra sociedad.**

Claret ante los golpes que lo pusieron en crisis no se sintió frustrado ni amargado; al contrario, fue **la experiencia que le abrió los ojos para buscar y redescubrir al Padre amoroso que con fidelidad guiaba su vida.** En esta crisis que no acabamos de superar del todo (la prueba es que estos Ejercicios no han podido ser presenciales sino *en línea*), también podríamos sucumbir al desánimo y la desesperanza. Sin embargo, es el momento de detenernos a **repensar y redescubrir, una vez más, el significado de nuestras vidas como hijos (hijas) del Padre.**

Como Claret estamos llamados a **darnos cuenta del hilo conductor del amor del Padre en nuestras vidas** aunque a veces su Voluntad nos resulte sorpresiva. Podemos tener la tentación de desanimarnos y resistirnos buscando otros senderos. Dios nos está llamando a **buscar con humildad y confianza por dónde se anda el Señor y qué quiere de nosotros**, ya sea como individuos ya sea como grupo (familia, comunidad, institución).

Ojalá que como Claret podamos darnos cuenta de que **la Providencia de Dios Padre ha velado y**

**continúa velando fielmente sobre nuestras vidas y podamos un día también nosotros decir: “he cumplido mi misión”.**

### 3. Pistas para el tiempo personal

1. Relee y medita los textos de Claret que hemos ido citando a lo largo de la meditación.
2. En un momento de oración repasa lo que te parece ser el hilo conductor de la llamada de Dios en tu vida. Reconoce de manera específica aquellos momentos de crisis o de sorpresas por los que te ha ido llevando el Padre. Agradece su presencia fiel en tu vida.
3. ¿Crees que a veces has intentado corregir la voluntad del Padre yendo por tus senderos y no los suyos? ¿Qué crees que deberías mejorar en tu vida para darte de lleno y vivir tu vocación de hijo-misionero del Padre? Pídele la luz y la gracia para responder con la tuya a su fidelidad.

*Carlos Sánchez Miranda, CMF*